

sús y el contento de ganarle corazones, busca su aprobación y obra en todo sólo para agradarle á El.

Podéis acabando vuestra oración hacer diversos coloquios, dirigiéndoos sucesivamente á nuestro Señor y á los testigos de su transfiguración. Con Jesús, alegraos de su gloria, rendid homenaje á sus grandezas, prometedle más dócil y respetuosa atención á su palabra. Rogad á Elías que os alcance su celo, á Moisés que os dé su dulzura, y á los santos apóstoles que os comuniquen su fe, su esperanzay su amor (1) para que podáis seguir á Jesús desde el Tabor al Calvario. Aceptad por su amor las penas de este día; y cuando llegue el tiempo de los grandes padecimientos, entonces fortaleceos con estas palabras de San Pablo: *Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Jesucristo en el Tabor. San Pedro, Santiago y San Juan. ¿Por qué tres apóstoles tan sólo? ¿Y por qué esos más bien que otros? Moisés y Elías se entretienen con Jesús. Moisés es la dulzura: Elías el celo. Una y otra virtud se sacan de la meditación de los padecimientos de Jesucristo.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones.*—¿De qué se habla en el Tabor? ¡Oh Jesús! Nada os gusta tanto como ver que vuestros devotos se entretienen en meditar vuestra Pasión y Muerte. Durante la oración sucede la transfiguración de Jesús. Ilusión de Pedro en su petición de vivir siempre en el Tabor. La tierra

(1) *Nonnulli censent in Petro notari firmam fidem, in Jacobo sublimem spem, in Joanne ardentem charitatem; hisce enim quasi terrenis alis ad Deum subvenimur.* (Corn. a Lap. in Matth., XVII.)

(2) Philip., III, 21.

para el hombre de fe no es lugar de gozo ni de reposo. Una nube luminosa desciende sobre el monte. Voz celestial que proclama á Jesús Hijo único de Dios, y manda escuchar su palabra. Los apóstoles se espantan: su Maestro los asegura. Coloquio con Nuestro Señor y con los testigos de su transfiguración.

MEDITACIÓN CXXVIII

7 de Agosto.—SAN CAYETANO, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.—*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet* (I, Reg., II, 35).

Este Sacerdote fiel, suscitado por Dios para realzar y sostener la dignidad del sacerdocio, fué San Cayetano. La orden que él fundó tenía por objeto renovar entre el clero la vida apostólica de los primitivos tiempos y tapar así la boca á los herejes cuyo único recurso, en sus ataques á la Iglesia, es sacar á relucir la relajación de sus ministros. Sus religiosos hacían profesión de pobreza en grado tan heroico que ni podían poseer rentas, ni pedir limosna, sino que tenían que vivir de lo que la Providencia inspirara á los fieles que les dieran. Fué Cayetano por su ejemplo y su celo la edificación de Vicence su patria, Venecia, Nápoles y Roma. En esta última ciudad se encontraba él cuando fué tomada y puesta á saco por el condestable de Borbón. En él puede admirarse al Sacerdote perfecto, al hombre entregado al servicio de Dios y del prójimo y desprendido enteramente de las lisonjas de este mundo. Hé ahí los tres caracteres del espíritu sacerdotal, que dejó como en herencia á su fervorosa congregación:

- I. Con relación á Dios, espíritu de oración.
- II. Con relación al prójimo, espíritu de caridad.
- III. Con relación á sí mismos, espíritu de abandono en brazos de la Providencia.

PUNTO I

San Cayetano, con relación á Dios, practicó en grado eminente la virtud de la religión

La gracia puso en él desde los primeros albores de su edad el germen de ese profundo respeto hacia la Divinidad que luego fué creciendo con los años. En su juventud tenía ya tan alto concepto de aquel adorable Maestro cuyos ministros son los Sacerdotes que al solo pensamiento del sacerdocio su corazón se estremecía de gozo y veneración. ¿Quién podrá contar cuáles fueron sus sentimientos cuando se presentó á la imposición de las manos y la impresión que hizo en él la ofrenda del augusto sacrificio? Hé aquí algunos rasgos que se dejó escapar, escribiendo á una persona piadosa: «¡Vil polvo, llevo al Todopoderoso bajo frágiles especies! Lo tengo ante mis ojos y no se derriten en lágrimas! Lo tengo en mi seno y no me abraso!» Durante toda su vida conservó siempre esta presencia de Dios en el ejercicio de sus funciones, la cual producía en él una continua atención, un continente serio, una modesta continencia, inspirando á cuantos le veían aquel profundo respeto que se veía retratado en su semblante. De ahí también aquel ardiente deseo de ver los templos del Señor según el decoro de su alto destino. En ellos solamente quería ver toda la magnificencia posible. Exigía que nada faltara al canto, á las ceremonias, á toda aquella pompa exterior que realza el oficio divino, y que, hiriendo los sentidos, habla al corazón; su ambición consistía en que cada uno de sus hermanos pudiera decir con el rey Profeta: *Zelus domus tuæ comedit me* (1).—*Domine, dilexi decorem domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ* (2).

(1) Ps. LXVIII, 10.

(2) Ps, XXV, 8.

También yo, oh Dios mío, amaba en otro tiempo el esplendor de vuestra casa y el lugar donde os dignáis habitar en medio de nuestros hermanos. La primera vez que celebré este sacrificio, con tanta razón llamado *el milagro de nuestros misterios* (1) y distribuí á los hombres el Pan de los ángeles me he sentido también conmovido por la nobleza de un ministerio tan divino: me sentía como anonadado bajo el peso de vuestra majestad; me sentía conmovido por los beneficios de vuestra bondad llevados hasta el exceso. Pero hoy ¿en qué ha parado fe tan viva? ¿No es acaso la misma Víctima que ahora inmolo, el mismo Pan que como, el mismo Cáliz de salud que bebo, las mismas inefables perfecciones que adoro?... ¡Oh! si por fortuna mi tibieza y las tinieblas en que me envuelvo no se extienden todavía á la Misa, ¿no sucede acaso lo mismo con mis otros ministerios? ¿Puedo estar cierto de que los cumplo todos de una manera digna de Dios, con la aplicación, el respeto y los sentimientos interiores que le debo?

PUNTO II

San Cayetano fué con relación al prójimo modelo de virtud

Esta virtud en un buen Sacerdote debe consistir en el celo más ardiente por la salvación de las almas, y en tener entrañas de misericordia para consuelo y alivio de los desgraciados.

1.º Para apreciar el celo de Cayetano por la santificación de las almas conviene hacerse cargo de la triste situación de la Iglesia cuando él apareció. Veíase lo que en su tiempo veía Jeremías: eclipsado el brillo del Templo, medio dislocadas sus columnas é innumerables escándalos por todas partes. Cayetano no se contentó con deplorar aquellos males que pe-

(1) S. Chrys. Hom. 61, *Ad pop. Antioch.*

dían remedios eficaces. Su celo tuvo todas las cualidades del celo apostólico: actividad, firmeza, dulzura, paciencia.

Celo activo y emprendedor. Pone manos á la obra sin perder un momento, predica la divina palabra, dirige las conciencias, acepta disputas públicas donde el error es confundido..... Se multiplica por medio de los obreros que llama á compartir sus trabajos y á quienes comunica el fuego que le abrasa. Celo firme é intrépido: ni los grandes con su poder, ni los libertinos con su audacia, ni el odio de los herejes son parte á arredrarlos en sus empresas por la salvación del prójimo. Celo dulce é insinuante que le comunica cuando es menester las formas más atractivas y que esparce la gracia en sus labios, según expresión de la Escritura. Celo paciente é invencible que le sostiene en las vigiliias y fatigas, contra insultos y ultrajes, contra violencias y atentados. ¡Cuánto no hubo de sufrir cuando estando en Roma, puesta á saco y nadando en sangre, se le vió precipitarse en medio de los muertos y de los vivos, reanimar el valor de los fieles, enseñarles á sacar provecho de sus desgracias y á morir cristianamente si Dios exigía de ellos este último sacrificio! ¡Qué no sufriría cuando atacado él mismo hasta en el templo del Señor, medio muerto á golpes y cargado de cadenas fué echado en un calabozo!....

¿Y qué hubiera hecho en su lugar un Sacerdote tímido y cobarde? ¿Le habrían faltado acaso pretextos para librarse de los peligros ó al menos para dispensarse de una generosidad que abría el Cielo á tantas almas? San Cayetano imitó al Gran Apóstol. «¿Es posible que vea yo á mis hermanos en peligro de perderse y que no se encienda en mi corazón un ardiente deseo de salvarlos: *Quis scandalizatur, et ego non uror?* Podré yo verlos sufrir sin tomar parte en sus sufrimientos? *Quis infirmatur et ego non infirmor?*» Su caridad se extiende tanto á las enfermedades del cuerpo como á las del alma.

2.º Casi todos los males juntos habían llenado la Italia de pobres, enfermos, huérfanos y pri-

sioneros. San Cayetano escucha la voz de tantas desventuras y se propone remediarlas. Mendigando de puerta en puerta reúne recursos que reparte entre los pobres; pasa noches enteras á la cabecera de los enfermos prestándoles toda clase de servicios aún aquellos que más repugnan á la naturaleza. Si á estas calamidades se añade la carestía, reúne á todos los desgraciados, consumidos por el hambre y les reparte los alimentos de que se priva á sí mismo. Si la peste diezma á Venecia de donde huyen las gentes acomodadas, él permanece y se encierra con sus compañeros animados por su ejemplo..... ¡Oh! no le amedrenta el peligro de encontrar allí la muerte, que sería para él una gran ganancia! Hé aquí al Sacerdote fiel: todo para Dios, todo para su prójimo por amor de Dios. Pero semejante caridad supone un completo desprendimiento de los bienes de este mundo y un completo abandono en los brazos de la Providencia.

PUNTO III

San Cayetano fué con relación á sí mismo modelo perfecto de desprendimiento y de confianza en Dios

Con razón pudo exclamar con David: «*Tamquam prodigium factus sum multis; et tu adjutor fortis* (1). Se me ha considerado como un prodigio á la vista de la pobreza que he abrazado. Muchos me condenaron como á quien se aparta de las leyes de la prudencia; pero Vos, Señor, habéis sido mi defensor poderoso. No sabemos, en efecto, qué debemos admirar más en él si la perfección de su esperanza en Dios, ó el cuidado que Dios se tomara de justificar en todo esta esperanza.

1.º En esta triste época la avaricia había invadido hasta el mismo santuario; la herejía triunfaba.

(1) Ps., LXX, 7.

Cayetano defendió el honor del sacerdocio con un desprendimiento hasta entonces sin ejemplo. Renunció no solamente á toda propiedad, sino á todo recurso humano, cuando no viniese directamente de la Providencia. Todos los otros pobres de Cristo nada tienen, pero pueden pedirlo; mas nuestro Santo se veda hasta este medio de subsistencia. Saldrá á mendigar para otros pobres, pero jamás para sí ni para los suyos; y aun de lo que le dan, acepta solamente lo que le es estrictamente necesario, interpretando así en el sentido más riguroso las palabras del Salvador: *Ne solliciti sitis*. Como acudiese un obispo en su socorro con ofrendas demasiado frecuentes y abundantes, el trata de alejarse de su bienhechor si no modera sus dones. ¿Cuáles son, pues, los fundamentos en que se apoya? Sólo Vos ¡oh Dios mío! Vuestra providencia, cuya sabiduría, ternura y poder muy bien conoce. Porque sabe que ella ve todas nuestras necesidades: *Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis* (1). Sabe que ella nos asiste porque nos ama: *Ipse enim Pater amat vos* (2): que ella puede socorrernos en cualquier necesidad en que nos encontremos porque ejerce poder absoluto de uno á otro extremo del mundo: *Attingit a fine usque ad finem fortiter* (3).

2.º Su confianza, en efecto, quedó siempre admirablemente justificada. Embarcado en el Tíber, se encontró expuesto á un peligro que parecía inevitable y la Providencia lo salva. En medio de los apestados tiene continuamente la muerte á sus ojos y la Providencia lo conserva. Se encuentra en una necesidad extrema en que le hace falta una suma de dinero y la Providencia le manda una persona desconocida que se la pone en sus manos. Busca compañeros recomendables que le ayuden, y hombres escogidos por la Providencia se asocian á él. Quiere fundar un orden y, no obstante las dificultades humanamente

(1) Matth., V, 32.

(2) Joan., XVI, 27.

(3) Sap., VIII, 1.

hablando insuperables, pronto se vió florecer la orden de los Clérigos Regulares Teatinos, los cuales se extienden á todas las demás naciones. Tengamos completa confianza en Dios en todo aquello que nos concierne, y jamás serán vanas nuestras esperanzas. Aprovechémonos del ejemplo de San Cayetano y de la recomendación que nos hace San Pedro. Puesto que Dios quiere cargar con todos nuestros cuidados, pongámoslos todos en sus manos; sea nuestro único pensamiento darle testimonio de nuestro amor por nuestra generosidad para los intereses de su gloria y servicio del prójimo: *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*San Cayetano practica, con relación á Dios, en grado eminente la virtud de la religión.*—Con sólo pensar en el sacerdocio sentía desde su juventud vivo sentimiento de gozo y temor. Cuando fué Sacerdote escribía: *Vil polvo, llevo á Dios bajo frágiles especies! Lo tengo ante mis ojos y no me derrito en llanto!....* Él inspiraba á todos los que lo veían su profundo respeto á todo lo que se relaciona con el divino culto. Quería que todos los miembros de su Orden pudieran decir: *Zelus domus tuæ comedit me. Domine, dilexi decorem domus tuæ*. También yo, oh Señor, amo la magnificencia de vuestra casa. Pero ¡ay! ¿en qué han parado esos días de fe viva y de fervor?

PUNTO SEGUNDO.—*San Cayetano fué con relación al prójimo modelo de caridad.*—Celo ardiente, dulce, firme, paciente: esto es lo que se necesita para las almas. Él predica y dirige las conciencias.... se multiplica por medio de los obreros evangélicos que se unen á él.... No se contenta con deplorar males que exigen remedios más eficaces. Su caridad se ex-

(1) I Petr., V, 7.

tiende también á las enfermedades corporales. Reune socorros y los reparte á los pobres. Se dedica también al cuidado de los apestados.

PUNTO TERCERO.—*San Cayetano, con relación á sí mismo, modelo perfecto de desprendimiento y abandono en los brazos de la Providencia.*—No se sabe qué cosa se debe admirar más, si la perfección de su confianza en Dios ó el cuidado que se toma Dios para justificar en todo esta confianza. No renuncia él solamente á toda propiedad, sino también á todo socorro humano que le venga de otra parte sino de la Providencia; se veda hasta el derecho de mendigar, esperando todo socorro de su Padre celestial. La Providencia acude constantemente á su ayuda en todos sus peligros y necesidades.

MEDITACIÓN CXXIX

15 de Agosto.—LA ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Son objeto de esta solemnidad tres misterios gozosos y admirables de María llevados á cabo casi simultáneamente, solemnidad la más grande de todas las que la Iglesia celebra en su honor: su muerte, su anticipada resurrección y su entrada triunfante en el reino de los Cielos. No es posible amar á esta soberana Virgen sin alegrarse de su felicidad; y precisamente por esto todas las almas devotas hoy se gozan en contemplar su gloria, porque este es el día en que Ella fué coronada y proclamada Reina de los ángeles y de los hombres, Soberana del Cielo y de la tierra. Si nos atenemos á los deseos de María siempre conformes á nuestros verdaderos intereses, nos detendremos en considerar no tanto la gloria de que goza, como el principio y la medida de donde procede: en su santidad encontraremos el uno y la otra. Esforcémonos en imitarla tanto cuanto podamos.

I. María debe á su santidad solamente la gloria de su muerte, de su resurrección y de su asunción.

II. María fué elevada á una gloria superior á la de todos los santos, porque los sobrepaja también en santidad.

PUNTO I

La glorificación de María en su muerte, resurrección y asunción es sólo consecuencia de su santidad

Para ser coronado dice San Pablo, es menester haber valerosamente peleado (1). La más privilegiada de todas las criaturas no ha quedado dispensada de esta ley. Ella triunfa porque ha vencido; es glorificada porque ha merecido serlo: su dicha es fruto de su santidad como su santidad es fruto de sus obras.

Podemos aplicar á María, la mujer fuerte por excelencia, estas palabras de la Sabiduría: *Date ei de fructu manuum suarum, et laudent eam..... opera ejus* (2). ¿Cuándo, pues, llegaré á comprender esto ¡oh Dios mío! No es, por cierto, lo que Vos hacéis por mí lo que me da derecho á vuestra recompensa, sino lo que yo haga por Vos. ¿Es acaso la Inmaculada Concepción de vuestra Madre, es por ventura su divina Maternidad ó quizás el conjunto de todos estos privilegios lo que hoy coronáis? No: que si fuera así, motivos tendría para desesperarme. Vuestros grandes favores son para nosotros grandes obligaciones y terribles acusadores si no nos aprovechamos de ellos. Lo que Vos coronáis en María es la profunda humildad en su exaltación, su paciencia inalterable en medio de sus más dolorosas pruebas, su piedad, su caridad; en una palabra, todas las virtudes que Ella practicó con tanta perfección.

(1) II Tim., II, 5.

(2) Prov., XXXI, 31.

El siervo bueno del Evangelio no debe decir tan sólo á su Maestro que ha recibido cinco talentos: *Domine, quinque talenta tradidisti mihi*. Porque en eso no hay ningún mérito; sino debe añadir que los ha multiplicado y los ha hecho producir: *Ecce alia quinque superlucratus sum*: este es el título que tiene á la recompensa. Lo mismo que su Maestro cuando lo juzgue no presentará otro título sino su fidelidad: *Quia... fuisti fidelis, intra in gaudium Domini tui*. Otro tanto debemos decir de la incomparable Virgen: lo que da tanta dulzura á su muerte, tanta gloria á su triunfante resurrección no son tan sólo las prerrogativas que ha recibido de Dios, sino la santidad que le viene, después de Dios, de su correspondencia á la gracia y sus buenas obras. Afirma San Agustín que si Ella no hubiera concebido al Verbo de Dios más santamente en su alma, que lo concibió en su seno, la misma maternidad divina hubiera sido para Ella un título muy glorioso, si se quiere, pero inútil: *Materna enim propinquitatis nihil ei profuisset, nisi felicius ipsum fide, quam carne gestasset*.

¿Y qué consecuencia se deduce? *Quapropter, fratres, magis satagite, ut per bona opera certam vestram electionem faciatis* (1). Si pues, según el plan divino, *quapropter*, la criatura más querida del Cielo no ha encontrado otro medio sino la santidad para llegar á la bienaventuranza que nos está prometida, nosotros debemos por consiguiente trabajar como Ella en nuestra santificación cada vez más generosa y crecientemente: *magis satagite*. Si así lo hacemos tendremos motivos para creer segura hasta cierto punto nuestra predestinación: *ut certam vestram electionem faciatis*; la cual no depende en manera alguna de dones extraordinarios, sino de las virtudes de nuestro estado y de las buenas obras que nuestra vocación pone, por decirlo así, en nuestras manos. *Per bona opera*: éstas serán para nosotros á

(1) H, Petr., I, 10.

la hora de nuestra muerte un manantial inagotable de esperanza y de consuelo.

PUNTO II

María ha sobrepujado á todos los santos en gloria,
perque los ha sobrepujado en Santidad

Puesto que Dios en ley de justicia no recompensa ni en su misma Madre sino la santidad de las obras, justo es también que el premio corresponda exactamente á la santidad; y así como para recompensarla no se atiene sino á los méritos, del mismo modo aprecia la intensidad y perfección de esos méritos. Por consiguiente, si no hay santidad fuera de la de Dios que iguale á la de María, debemos creer con San Bernardo y con toda la Iglesia que María brilla en el Cielo por encima de todos los demás seres criados: *Super omnem exaltata creaturam* (1). No existió jamás criatura alguna como Ella que recibiese tantas y tan singulares gracias; pero, tampoco ha existido otra criatura que las multiplicase con más perfecta cooperación. La plenitud de gloria debía corresponder á la plenitud de la santidad. *Quantum enim gratiæ in terris adeptæ est præ cæteris, tantum et in cælis obtinet gloriæ singularis* (2). Así que el mismo Padre exclama en su admiración: *Christi generationem et Mariæ assumptionem quis enarrabit?*

María sube á lo más alto de los Cielos porque es la que más se anonadó aquí en la tierra. Goza en el seno de Dios las más inefables dulzuras, la eterna bienaventuranza, porque es la que más despreció las falsas lisonjas del mundo. Sembró con lágrimas y recogió bendiciones. Así seremos tratados también nosotros: *Qui seminat in benedictionibus, de benedic-*

(1) Serm., I *Assumpt.*

(2) *Ibid.*

tionibus et metet (1). Tantas coronas merecerá, tantos celestes resplandores y delicias inefables cuantas victorias haya alcanzado (2). Se me pagará según mi generosidad. Si multiplico mis méritos delante de Dios, El me enriquecerá no solamente con los dones de su gracia sino también con los de su gloria; los aumentará y derramará sobre mí con profusión. *Et multiplicabit semen vestrum, et auget incrementa frugum justitiæ vestræ* (3).

Ahora comprendo finalmente, oh María, cómo siendo la Madre de Dios, habéis podido beber en el torrente de las más amargas tribulaciones; cómo el Hijo más tierno y poderoso ha podido dejaros por tanto tiempo en la aflicción y concurrir El mismo con sus pruebas, que han hecho de vuestra vida lo mismo que de la suya, un martirio perpetuo. Los consuelos de vuestra muerte hubieron de compensar abundantemente los dolores de vuestra vida; vuestra gloriosa Asunción debió reparar todas vuestras humillaciones con ventajas mucho mayores. Su amor hacia Vos y el deseo de hacer brillar cada vez más vuestro triunfo, engrosando continuamente el tesoro de vuestros méritos, debieron obligarle á enviaros esos aparentes rigores, ya en las bodas de Caná ora en el templo ó al pie de la Cruz (4), y yo ¡ay! me quejo á veces de que me trate como trató á su Madre! ¡Oh Virgen fidelísima, obligadme á seguir un camino que conduce á tan dichoso término... Sí, quiero humillarme, quiero sufrir y así santificarme por la humildad y la paciencia. Pero ayudadme, ¡oh! Señora ¡oh Madre mía! Hacedme familiar el pensamiento de que los sufrimientos de este mundo se cambian en dicha en el porvenir, y la tristeza en el tiempo será gozo en la eternidad.

(1) II Cor., IX, 6.

(2) *Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ.*—Ps. XXXV, 9.)

(3) Ibid.

(4) Joan., II, 4.—Luc., II, 49.—Joan., XIX, 26.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*María no es glorificada en su muerte, resurrección y asunción, sino en razón de su santidad.*—Es ley universal que no será coronado sino el que legítimamente haya peleado. No Señor, no es lo que Vos hacéis por mí lo que me da derecho á las eternas recompensas, sino lo que yo haga para Vos. El buen servidor del Evangelio no contesta sólo á su Maestro que ha recibido cinco talentos, sino que los ha hecho producir. Esto es lo que sucede con la Santísima Virgen. ¿Qué consecuencia se deduce de aquí? Esforcémonos en asegurar nuestra vocación y elección á la gloria por medio de buenas obras cuya recompensa es ella.

PUNTO SEGUNDO.—*María fué elevada á una gloria superior á la de todos los santos, porque Ella los ha sobrepujado á todos en santidad.*—Si Dios para concedernos la gloria no se funda sino en los méritos, quiere que esta gloria corresponda exactamente á esos méritos. Yo, oh Dios mío, recibiré á proporción de lo que haya dado. ¡Oh Virgen fidelísima, llevadme por el camino doloroso que conduce á tan dichoso término. Haced que tenga siempre presente el pensamiento de que lo que constituye mis penas durante mi vida, será después mi dicha en la hora de la muerte.

MEDITACIÓN CXXX

20 de Agosto.—SAN BERNARDO.

Este Santo, destinado á restablecer el espíritu monástico y á ser honra y sostén de la Iglesia, nació al año 1091, en la aldea de Fontaines, cerca de Dijón, de noble y virtuosa familia. A la edad de veintidós años, cansado ya de los sinsabores de la vida, se retiró á Citeaux, donde sus exhortaciones y ejemplos movieron á juntarse con él á sus cinco-